

SALIR DEL ARCHIPIÉLAGO DE MARFIL...

Eduardo Barraza¹

Torre de marfil. La metáfora evoca encierro, rigidez y lejanía. Se ha usado para calificar la actividad intelectual y es adecuada para referirse a la enseñanza superior. El enclaustramiento en la torre de marfil es un fenómeno mundial e histórico al que no escapan las universidades mexicanas y, lamentablemente, sus facultades de ciencias sociales. Se supondría que deberían estar abiertas a sus entornos sociales y en constante relación con sus objetos de estudio.

David Sloan Wilson, biólogo evolucionista que ha emprendido en Estados Unidos una batalla contra dicho encierro, cree más apropiado hablar de “*Archipiélago de marfil*”. Las torres de marfil están compuestas de otras, y esas otras se fragmentan en otras más.

Para poner en relación a las pequeñas torres se ha hablado de interdisciplinaria. Sin embargo, no han bastado unos pocos --pues pocos son quienes se acogen a esa respuesta-- armados de buena voluntad y cierta metodología. En la mayoría de los casos, la interdisciplinaria no ha pasado de la intención o la promesa. Es necesario advertir que el impulso debe generarse desde el exterior y el interior del archipiélago, que hay que complementar y armonizar esfuerzos de dentro y fuera.

Puede ser útil pensar el problema en los siguientes términos:

1. *No hay panaceas; sólo soluciones colectivas* que dependen de múltiples factores y exigen trabajo, mucho trabajo. Por fortuna, están brotando las propuestas de organización y cambio. Por ejemplo, el citado Wilson plantea utilizar los principios de la teoría de la evolución en un libro de título elocuente: *El Proyecto Vecinal. Usando la evolución para mejorar mi ciudad, una manzana a la vez.* Hay que agregar que Wilson ha sido uno de los promotores de la selección grupal (o “coevolución”, es decir, individual y colectiva a la vez), con la que se explica actualmente la cooperación de las sociedades animales (las nuestras incluidas, por supuesto), y fenómenos tan enigmáticos como el altruismo. Como prueba de que puede desmontarse el archipiélago y comprometer a las universidades con la sociedad está su programa, ya en marcha, en Binghamton, Nueva York. Si mencionamos a Wilson, un biólogo prestigiado en todo el mundo, y no a un politólogo o un sociólogo, es para mostrar que el compromiso universitario con las sociedades puede surgir de las ciencias duras y es necesariamente interdisciplinario (más detalles: <<http://bnp.binghamton.edu/>>).

2. Si lo que podría estorbar el mencionado compromiso es el temor a *la pérdida de rigor científico*, hay que aclarar que el actual desarrollo de las ciencias sociales indica algo muy diferente. El concepto de *cooperación*, que se ha vuelto central para pensar las organizaciones sociales (empresariales, partidistas, sindicales) se ha modelado desde hace

¹ Profesor de base de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM

tiempo mediante la matemática. La teoría de juegos, por ejemplo, ofrece modelos de cooperación y coordinación tomando como agentes a individuos egoístas y que incluso no se conocen ni comunican. Gracias a esos modelos y a los experimentos controlados y replicados múltiples veces en que derivan, se ha puesto en duda las nociones de naturaleza humana que guían todavía los cursos de sociología y ciencia política (Hobbes, Rousseau, Maquiavelo). Antes que especulaciones ideológicas, es necesario observar la naturaleza humana en acción, tal cual lo han comenzado a hacer los llamados economistas comportamentales (Gintis, Bowles, Cárdenas). Su resultado: la especie humana es poderosamente cooperativa. El *Homo economicus*, egoísta por naturaleza, es una fantasía que sólo conviene a los políticos neoliberales. En cambio, la naturaleza cooperativa de nuestra especie se ha confirmado con el estudio del desarrollo de los infantes y su comparación con nuestros parientes más cercanos, los chimpancés (Tomasello); se ha vuelto a confirmar con el estudio de las bandas de cazadores-recolectores, que son las organizaciones humanas que más tiempo llevan viviendo sobre la Tierra y que han eliminado por selección artificial a los abusivos (Boehm); lo vuelve a comprobar el estudio de las organizaciones comunitarias que gestionan recursos naturales tan inmensos como los bosques y los ríos (Ostrom, Merino). Por supuesto, dicha naturaleza cooperativa, con sus fundamentos genéticos y potencias culturales, depende para su pleno desenvolvimiento de nichos propicios que las universidades deberían reconocer y ayudar a crear.

3. Hablando desde la ciencia política y la sociología, como hacemos nosotros, preocupa en particular el afianzamiento de la democracia, especialmente en naciones que, como las nuestras, han conocido represión y dictaduras. No obstante, si alguien habla de sociedades de pequeña escala parecería que se deja de lado el conjunto democracia-Estado-sistema político-electoral, que funciona de manera centralista y jerárquica. Nos cuesta trabajo concebir otras democracias así como sistemas políticos imbricados unos en otros, aquello que en épocas antiguas, y cuando funcionaban como tales, se llamaba federaciones, y lo que Elinor Ostrom denominaba “policentrismo”. (Añadamos que la teoría de juegos, la de redes o la de la complejidad pueden, con rigor científico, modelar sistemas policéntricos). Ante la crisis de legitimidad y la podredumbre de los sistemas políticos de una “democracia” en que la “clase política” gestiona los recursos públicos a favor de sí misma y, al decir de Marx, administra servilmente los negocios de los grandes capitales, debemos *volver la mirada a otras democracias*: democracia es la de las comunidades científicas, donde todo mundo tiene derecho a hablar, siempre y cuando aporte información confiable o hipótesis sujetas a comprobación; democracia, la de las comunidades de cazadores-recolectores que desde hace milenios se han puesto de acuerdo para la obtención de bienes comunes y su reparto equitativo; democracia, la de las comunidades indígenas mexicanas, que no admiten que los servidores elegidos en asambleas reciban otro pago que el reconocimiento por su servicio, y que se rigen por la reciprocidad en el trabajo colectivo; democracia, la de la Wikipedia, donde todo mundo puede contribuir a la creación de conocimiento común mediante la revisión por pares. Por supuesto, son democracias imperfectas y a veces cuajadas de contradicciones, pero el trabajo científico consiste, precisamente, en determinar los principios que las hacen funcionar, principios que sirven a su mejoramiento y a la construcción de sistemas policéntricos.

4. ¿Cómo poner en marcha programas académicos que consigan derribar las torres y abrir la universidad hacia la sociedad? Pensamos que hay, entre muchas otras, algunas

condiciones que cumplir: 1) quizá la más importante sea tener en claro que, como nunca en otro momento de la historia, los *objetivos son globales y de largo plazo*: hay que reorganizar las sociedades desde lo local con la mira en lo global. “Piensa globalmente, actúa localmente” es la consigna más inteligente que se ha puesto en circulación desde hace décadas. Se trata de reajustar las sociedades a entornos transformados y en acelerada transformación, llámese cambio climático, agotamiento de recursos naturales no renovables, extinción masiva de las especies, etc. 2) Aceptar lo anterior implica reconocer nuevos objetos de estudio, más complejos, para cuyo abordaje se requieren múltiples disciplinas, múltiples métodos, múltiples acuerdos, múltiples modelos. 3) Debe reformularse las ideas de “práctica”, “experiencia”, “vivencia” en el trabajo de investigación y docencia. Aquello que se llama “prácticas de campo” y que, en el mejor de los casos, ha devenido en turismo académico, está a años luz de integrar estudios de largo alcance en beneficio de las poblaciones estudiadas.

Para comenzar a derribar algunas torres de marfil, dimos un primer paso con un proyecto de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la UNAM, los estudiantes Darío Castillo, Alicia Escamilla, Rubí Hernández, Omar Muñoz y quien esto escribe. Nuestros casos de investigación fueron varios “sistemas normativos internos” (antes llamados “de usos y costumbres”) del estado de Oaxaca. Descubrimos, quizá con ingenuidad, que no pueden estudiarse como lo haría un “especialista” de la política. Pero de lo logrado daremos cuenta en otra parte...